

Si para el horóscopo chino este es el año de la rata, para la filosofía esta es la época (al menos la *best seller*) del león nietzscheano. Una época caracterizada por una queja constante al sistema hegemónico, un rechazo total hacia el mundo en el que vivimos. Pero el león nietzscheano nunca crea una salida, solo se queja, solo quiere destruir la realidad sin la idea de crear algo sobre lo destruido. Eso es lo que está pasando con la filosofía en esta época, una constante disconformidad que solo se queda en eso; los filósofos parecerían ser una especie de *trolls* (personas o grupo de personas cuyo objetivo principal es crear controversia y enfrentamiento principalmente en el ámbito de las redes) del mundo académico que solo escupen disconformidad pero a la hora de proponer callan. Esta actitud parecería reducir la filosofía contemporánea a un diagnóstico de la sociedad, dejando de lado el aspecto de la propuesta y del cambio. Todos parecerían ser profetas del inminente apocalipsis neoliberal vaticinado por el oráculo. Byung Chul Han no escapa a esta clasificación, es más calza a la medida; su obra en general está caracterizada por una visión pesimista y disconforme del mundo donde las propuestas de cambio siempre están ausentes.

En cuanto a las temáticas donde se mueve la filosofía de Han abarcan muchas ramas de la filosofía, navegando por la política, la ética y la metafísica. Aquí Han calza perfectamente en un dicho popular “el que mucho abarca, poco aprieta” dado que abarcando tantas temáticas y siendo fiel a su ideal de escribir poco y escribir claro navega en la superficie constantemente, sin profundizar demasiado en los temas que trata. Aun así quedándose en esa superficialidad logró llegar a un gran número de lectores, muchos de ellos no pertenecientes al círculo de la filosofía. Esto es lo que muchas personas destacan de Han, esa capacidad de llegar al público general con algo que haga pensar, inquiete y pueda generar un pensamiento filosófico. La obra que nos proponemos analizar de Han es una de sus más conocidas *En el enjambre*. Donde Han hará un diagnóstico de lo que, a su parecer, la tecnología ha hecho con nosotros. Como era de esperarse desde un lado sumamente negativo y nihilista, donde parecería ser que el filósofo vendría a ser no una voz de esperanza sino que el rey de las cenizas de un mundo que no tiene cura. Donde observa desde un lugar elevado un enjambre desorganizado donde a este se opone la idea de una colmena, donde no solo hay un orden, sino que una jerarquía propia de Platón en *La República* donde las personas son aquello que están destinadas a ser. ¿Dónde deja Han entonces a la libertad?

La breve obra de Han gira en torno a la idea del respeto, lo mismo de una cultura donde prima la idea del respeto como una verticalización de las relaciones humanas. Aquí Han va a criticar la pérdida de este valor que considera fundamental, y como primer responsable va a colocar a la tecnología y al constante flujo de información. Este flujo constante hace que las barreras del respeto se empiecen a borrar, y como consecuencia la sociedad se incline por una transparencia “cuasi pornográfica” en palabras de Han. Esta transparencia nos quita lo lindo, lo enmascarado, lo humano donde la vida del otro es un *show* y yo un espectador. El espectar para Han es la consecuencia de la degradación del respeto, donde se pierde la jerarquía y donde prima una sinceridad atroz. En la sociedad de la transparencia lo que prima es la imagen, una visión simple y agradable que se muestra al mundo en una sobreexposición constante donde solo prima el “yo” un “infierno de lo igual”. En este infierno solo prima la idea del ahora, no hay una

mirada contemplativa hacia el pasado, ni una expectativa del futuro, que paradójicamente es lo que reproduce (y aquí es donde Han cae en el enjambre, cuando su obra no es más que una reacción violenta a una disconformidad social). Han es su obra, haz lo que yo digo, pero no lo que yo hago. La imagen que nos está dando es entonces la de una persona que no es afín con la sociedad, que vive en una disconformidad y hasta se siente incomprendido. Han en toda esta situación lo que hace es convertirse en lo que él mismo aborrece en su obra. Se convierte en un ser performativo, donde hace de su vida un *show* de cierta forma, vive diferente al resto sí, pero, ¿esta forma de vivir es un ejercicio filosófico o es una conducta derivada de lo que él llama "el síndrome de París"? Han en el fondo lo que está haciendo es recrear la clásica imagen del filósofo, sus conductas son casi de manual, como si estuviera interpretando el papel para el que cree que nació.

En esta excesiva transparencia no hay lugar para los secretos, todo se sabe y todos pueden saberlo; aquí es donde el discurso de Han empieza a entrar en un terreno oscuro. Todos tenemos secretos y no todos queremos contarlos pero, si hay un secreto de estado que involucra a gran parte de la sociedad o encubre cierto grado de corrupción, ¿está bien que siga siendo secreto? Han va a plantear en la sociedad de la transparencia la necesidad humana de mantener secretos, haciendo una analogía entre lo "natural" y lo bueno. Para Han los humanos necesitan usar máscaras, necesitan mantener un velo de misterio, lo que le resulta atractivo. Pero al exaltar lo oculto de cierta forma se desprecia lo transparente, y un secreto personal puede que no lastime, pero un secreto que involucra a otros puede resultar bastante hiriente. Aquel que posee secretos, es decir, aquel que posee información tiene una relación desigual con la persona que no tiene la información. Quien posea la información es más libre a la hora de tomar decisiones, dado que tiene una visión mayor del panorama. Los secretos entonces jerarquizan a la sociedad, y en esta jerarquización aparece la ilusión de orden que tanto defiende Han. Considerar que hay personas más capaces de guardar secretos es avalar la idea de que existen personas superiores que saben manejar la información, pero que la evidencia empírica demuestra que hasta la fecha no han podido. Lo único que se ha logrado es alimentar la megalomanía de algunos individuos que justifican sus acciones con argumentos que no estamos capacitados para comprender.

Para Han los secretos, y más los secretos de estado imponen cierta jerarquía social. Donde por un lado están aquellos dignos de conocer los secretos y aquellos que no. Los secretos de cierta forma, ayudan a que se imponga la idea de quiénes son dignos y quiénes no. La política de lo transparente se convierte entonces en una apolítica, que se ocupa solo de la temporalidad transparente (del hoy); en un mundo transparente no se construye confianza, no se construye respeto. Ahora bien; pero ¿qué pasa cuando la sociedad percibe injusticias, cuando se revelan secretos que exponen las atrocidades cometidas por los humanos? Indignación, Han habla de una sociedad de la indignación (sí, le gusta usar el término "sociedad de ..."). Parecería que por momentos Han tratara de generar un debate ético-moral tratando de interpelar al interlocutor desde un cierto aire de superioridad de parte de Han, transformando una obra que podría ser un buen proyecto moral en un manifiesto moralista sin ninguna propuesta de fondo. La actitud que toma Han y desde el lado en el que se para desprenden un olor paternalista difícil de ignorar.

En 2010 Julian Assange expuso en su página WikiLeaks varios documentos clasificados de Estados Unidos, donde en ellos se hablaba de casos de espionaje a países aliados y hasta el asesinato de población civil por parte de las fuerzas armadas. ¿Qué pasó con esta información? nada, no pasó nada (y aquí si le doy la derecha a Han).

Quizás mucha gente hizo ruido en las redes por un tiempo, pero no pasó nada. Este es un problema de organización para Han, donde la sociedad del enjambre no se organiza para cambiar y protestar; solo son un conjunto de seres que hacen ruido de forma desordenada. De la misma forma pasó en el año 2020 con el caso de abuso policial que terminó en el asesinato de George Floyd (mayo 2020 Minneapolis, Minesota, Estados Unidos), que la sociedad parecía llevar una fuerza transformadora que al final mutó en una reaccionaria. Este patrón se repite con una precisión quirúrgica y aquí es donde el diagnóstico de Han es en parte acertado, pero donde el crédito no es exclusivo de Han. Quien piense que esta es una idea fresca es porque no ha leído siquiera Baudrillard, Heidegger o Foucault. Que si bien tienen una mayor complejidad y quizás parezcan lecturas más densas son accesibles. El problema que tienen estos autores de mayor complejidad es que no vienen analizados de fábrica, a diferencia de Han que nos trae las cosas hiperprocesadas.

Este ruido y esta indignación no transforman, no proponen, se quedan solo en una disconformidad pasajera que dentro de unos años será algo anecdótico. Hoy el paradero de Assange está en una prisión de alta seguridad, donde se le han practicado torturas físicas y mentales. Pero nadie habla de Assange, el ruido del enjambre se redujo o fue tapado por otros escándalos, algunos mayores, otros menores, pero que en el enjambre generan demasiado ruido. Tal es el ruido que no se puede escuchar atentamente a ninguno. Aquí viene la pregunta ¿Qué hacemos con los secretos? ¿Qué hacemos con la verdad? ¿Y con la post verdad? Desde mi perspectiva me inclino por una línea de pensamiento más foucaultiana, donde concibe a la filosofía como liberadora del sujeto. Un ejercicio cotidiano donde el individuo se ve sometido por el poder y en este reconocimiento empieza un proceso liberatorio. Donde se empieza a liberar de los poderes externos a él y en este proceso inspira a aquellos que lo rodean para que empiecen cada uno su proceso. Donde el proceso liberatorio debe ser necesariamente individual y consciente, de esta manera se repudia el querer actuar directamente en el proceso del otro. Interferir en los procesos ajenos consiste en ejercer poder sobre la otra persona, y eso, lejos de liberarlo, lo somete aún más. Por ese motivo encuentro inconsistente el reclamo que hace Han en su obra, poniéndolo en una actitud paternalista, donde no hace más que repetir (y de forma muy sencilla y hasta pobre) cosas que se vienen planteando hace más de ochenta años. Me gustaría terminar este trabajo con un frase de un viejo rap de "Chojin" que parecería fue escrita para aconsejar a Han "Luchar por la libertad es mucho más que odiar al opresor".

Bibliografía

- Han, B.-Ch., "En el enjambre", Barcelona, Herder, 2014.
"La sociedad del cansancio", Barcelona, Herder, 2017.